

cuerda el principio freudiano sobre el humor (y los sueños) como vía regia para el acceso al inconsciente, y con ello avanza como historiadora en el esquivo terreno de la subjetividad. Decisión acertada, en tanto en el terreno subjetivo la pregunta que articula la obra encuentra resonancia: ¿qué explica la perdurabilidad y resonancia identitaria de Mafalda? Resonancia que no es confundida con una determinación última, en tanto será la compleja y contingente articulación de relaciones sociales, dilemas políticos y tensiones culturales las dimensiones que permiten explicar, según la autora, el lugar de Mafalda en relación con las tensiones generacionales y de género que enfrentaron a la clase media con sus frustraciones, y también con su identidad.

Para poder dar cuenta de un foco esquivo como es el humor desde un punto de vista histórico, Isabella Cosse se sirve de la contextualización de la tira precisando las condiciones y contextos de producción, y las transformaciones de los contextos de recepción, apelando a fuentes de diversa densidad y nivel. El valor metodológico de la apuesta se deriva de una posición que ve la cultura como constructora de lo social y que materializa, por así decir, los objetos culturales. Ello permite a la autora no perder de vista heterogeneidades y polisemias de ese complejo objeto que es Mafalda, que “puso en circulación una representación y una forma de humor que dialogaron con la identidad de clase media y que colaboraron a afirmarla, pensarla y discutirla mediante una representación inédita y de extrema complejidad: una visión heterogénea de la clase media que enlazaba lo cotidiano y lo político” (p. 28).

Es precisamente esta intersección entre lo doméstico y lo político lo que permite analizar el papel de la clase media como vector de normatividad social. Normalización que es cuestionada agudamente por Mafalda y tematizada por Cosse, quien sostiene que en la vehiculización de las contradicciones de esta “clase media estúpida”, Mafalda dio carnadura a la identidad progresista de grupos de este sector social, sensibles a la injusticia y el autoritarismo. Para Cosse, “la historieta ofreció una reflexión sobre lo humano, de orden filosófico y atemporal que, además, trabajó de forma productiva sobre fenómenos decisivos de los años sesenta —el autoritarismo, las confrontaciones generacionales, las luchas

feministas, la expansión de las clases medias, los cuestionamientos al orden familiar.” (p. 30).

La estructura del libro se mueve diacrónica y sincrónicamente, al dar cuenta de estos fenómenos que contextualizan y permiten analizar a Mafalda. Con un primer capítulo dedicado al origen de la creación de Quino, Cosse sitúa el problema de la identidad de clase media en clave de género y generación. Propone que la desestabilización de las fronteras entre lo público y lo privado sería constitutiva del humor de la tira y generaba resonancias rebeldes: “la historieta ponía de relieve una fluida relación entre la problematización de la cotidianidad y la asunción de posiciones políticas e ideológicas tangibles” (p. 57). La posición de Mafalda es analizada al trasluz de las transformaciones que desde finales de la década de 1950, dieron lugar a la emergencia de una infancia psicologizada. Los fines de la década de 1960 hasta llegar al inicio de la última dictadura militar argentina constituyen uno de los períodos de mayor radicalización política del siglo pasado. Es en ese tiempo, más precisamente el 25 de junio de 1973, que Mafalda dejó de producirse, y es a este momento que está dedicado el segundo capítulo del libro, en el que Cosse desentraña cómo la visión de Mafalda sobre la coexistencia de las oposiciones ideológicas y culturales de la clase media, cede ante la radicalización política, al tiempo que la historieta era interpelada con ferocidad. Como señala Cosse, “en Argentina no solo no había espacio para un ‘nosotros’ fundado en ironías corrosivas que eran contrabalanceadas por la ternura. Tampoco había lugar para esos niños/jóvenes contestatarios que habían tensado al máximo la distancia entre la cruda realidad y los principios ideales al punto de perder la vida.” (p. 139).

El tercer capítulo acompaña la expansión internacional de Mafalda y el exilio de sus lectores. Mafalda pasa a ser así un código que permite el reconocimiento mutuo, una clave de lectura del otro. En el capítulo cuarto, Cosse se adentra en las dimensiones cotidianas de la dictadura, partiendo de la heterogeneidad de las significaciones del humor durante el régimen dictatorial, y buscando “encontrar su sentido en la reconstrucción densa de las vicisitudes sociales y políticas de Mafalda.” (p. 186).

En ellas destaca, de modo siniestro, el uso de un afiche de Mafalda en la Masacre de los Palotinos. Pero al mismo tiempo, la autora se ocupa

en mostrar cómo Mafalda también constituyó un puente subterráneo que conectó utopías y sensibilidades que parecían masacradas por el terror de Estado. Puente entre generaciones que, con la recuperación democrática se convertiría en mito y “colaboraba en la elaboración de las fracturas de la sociedad argentina.” (p. 224).

El quinto capítulo hace avanzar a Mafalda en el contexto globalizado y neoliberal. La reapropiación de la sensibilidad de décadas pasadas que representaba Mafalda se convierte en el punto de mira desde el cual analizar un nuevo antagonismo que fracturaría irreversiblemente a la clase media en la década de 1990, representado por el menemismo. A la vez, permite a la autora revisar los modos en que tales reapropiaciones de la historieta harían de Mafalda un personaje con el que muy diversos sujetos podrían vincularse sensible y simbólicamente. El recorrido le permite a Cosse señalar, en las conclusiones que cierran el libro, que Mafalda posibilitó la transmisión de los valores estéticos, sensibles, afectivos e ideológicos de “un tiempo signado por la utopía de un mundo mejor, un sueño de la modernidad cuyas resonancias más próximas remiten a una generación que marcó con su impulso los últimos cincuenta años y que hoy nos está dejando”. (p. 282).

Valeria Llobet

(CEDESI-UNSAM/CONICET)

A propósito de María Cristina Tortti (Dir), Mauricio Chama y Adrián Celentano (Eds.), La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución, Rosario, Prohistoria, 2014, 252 pp.

Este libro constituye una obra colectiva que se propone reconstruir o abordar esa suerte de calidoscopio de época que es la Nueva Izquierda (NI). Ésta es entendida aquí en sentido amplio: como explica María Cristina Tortti en el artículo que abre la obra y que funciona tanto como síntesis general de la época (al menos de los núcleos problemáticos que el libro se propone atender) como de orientador de lectura, la Nueva Izquierda refiere al “conjunto de fuerzas sociales y políticas que a lo largo de dos décadas, protagonizó un ciclo de movilización y radicalización que incluyó desde el estallido social espontáneo y la revuelta cultural hasta

el accionar guerrillero, y desde la eclosión de movimientos urbanos de tipo insurreccional al surgimiento de direcciones clasistas en el movimiento obrero". Ese conjunto movilizó a lo largo de casi dos décadas, pese a su heterogeneidad, llegó a constituir, según la hipótesis de la obra, un movimiento social-político y cultural que, por su magnitud, pareció trastocar los términos y las formas tradicionales de la política argentina.

Se destaca, entonces, en principio, la novedad de la definición de Nueva Izquierda, definición bien distante a las que suelen utilizarse, vinculadas estas últimas más específicamente a las organizaciones políticas armadas y no armadas y a actores político-culturales de la izquierda revolucionaria de los años sesenta y setenta. Atendiendo, entonces, a aquella amplia definición, el libro se propone tanto dar cuenta de las condiciones de posibilidad y expansión de este fenómeno que es la NI como explorar algunas problemáticas específicas que constituyen, en definitiva, aquello que la caracterizan: su intento por articular nada más y menos que socialismo, peronismo y revolución. Los propósitos de esta obra colectiva exigirán atender: a la dimensión internacional que gravita en la conformación de esta Nueva Izquierda; a las particularidades de la historia política local (la proscripción del peronismo; la ilegitimidad del régimen producto de esa proscripción y de la alternancia dictaduras-democracias restringidas); al fracaso de las expectativas colectivas respecto de las posibilidades del reconocimiento electoral del peronismo (año 1962); a la radicalización política de un segmento de la juventud, especialmente universitaria; a la re-lectura del peronismo; el surgimiento de un sector dentro del movimiento peronista más solidario con el lenguaje y el horizonte de sentidos de la revolución; a la emergencia de direcciones clasistas dentro del movimiento obrero organizado, etc.

Y, efectivamente, puestos en línea, los artículos que constituyen **La nueva izquierda argentina (1955-1976)** abordan —algunos en forma exhaustiva, otros más tangencialmente— cada uno de estos núcleos problemáticos. Desde la perspectiva internacional, Aldo Marchesi atiende a la gravitación de la Revolución Cubana y la Conferencia de la OLAS en el escenario de las izquierdas del Cono Sur; Inés Nercesián, al mundo de relaciones entre la izquierda pero-

nista y los gobiernos nacionalistas de la región; Adrián Celentano, a través de la experiencia de Vanguardia Comunista, al impacto y/o influencia de los debates del Movimiento Comunista Internacional (especialmente aquellos generados en torno al maoísmo).

Desde la perspectiva local, Alberto Bozza atiende a un problema central: el de la resignificación revolucionaria del peronismo; Mora González Canosa, en consonancia, analiza los debates dentro de las Organizaciones Armadas Peronistas (71-72), con especial atención a las Fuerzas Armadas Peronistas en lo que hace a su opción por el peronismo primero y por la integración a Montoneros, después; Mauricio Chama reconstruye la experiencia de la Comisión de Familiares de Detenidos (COFADE) entre 1960 y 1970, estudio de caso representativo de las formas de organización y activación social y política en la etapa aún formativa de la Nueva Izquierda; Horacio Robles, finalmente, aborda otro problema central: el de las relaciones entre organizaciones armadas (en este caso Montoneros) y los movimientos de masas (en este caso, la "retaguardia revolucionaria", las Unidades Básicas controladas por la JP en los barrios pobres de La Plata). Finalmente, un actualizado y esclarecedor artículo de María Cristina Tortti y Adrián Celentano sobre los vínculos entre la intelectualidad universitaria de izquierda y el peronismo, que funciona como introducción a un texto de Juan Carlos Portantiero "Estudiantes y peronismo", hasta ahora inédito en español, que integraba el libro **Studenti e rivoluzioni neell' America Latina. Dalla Reforma Universitaria de 1918 a Fidel Castro**, escrito en 1968 y publicado en 1971 en Italia. Cuando en 1978 ese mismo libro se editó en español en México, el artículo de Portantiero no fue incluido y los autores entienden esta no inclusión como la evidencia de la revisión crítica de todos aquellos presupuestos o certezas que el artículo sostenía en 1969 y que tras la derrota exigían nuevas consideraciones. "El silencioso comienzo de una autocrítica que luego se haría explícita en **Controversia**".

Con este fugaz recorrido, se destaca, en resúmenes cuentas, que el libro logra, efectivamente, aquello que se propone: dar cuenta de las condiciones de posibilidad y expansión de un fenómeno tan complejo y heterogéneo como es el de la Nueva Izquierda, atendiendo a la pluralidad de actores y dimensiones involucrados. Dicho esto,

creo yo que el tomo II de **La nueva izquierda** tiene por delante el desafío de explicar por qué ese intento de articular socialismo, peronismo y revolución, fracasó. Uno podría decir que de esa triada —finalmente inarticulable— sólo ha quedado el peronismo. Algo en torno a la interrogación que esa conclusión obliga merece el comentario de María Cristina Tortti en su artículo introductorio, allí donde refiere a la "amplia capacidad de adaptación del populismo".

Finalmente, los autores no son ajenos a aquel desafío ni a ese fracaso; y al momento de la escritura, sin lugar a dudas, han atendido a lo que podría considerarse como un fin de ciclo. Con sus propios recaudos y estrategias, el libro atiende, en diversos momentos, cuestiones que contribuyen a identificar las razones de aquel fracaso, detectando cuestiones que nos hablan de los "desajustes", los "puntos ciegos" y los "distanciamientos" de las organizaciones respecto de los sectores movilizables.

En resumidas cuentas, así como la configuración del intento revolucionario en la Argentina no puede reducirse nunca a una explicación monocausal, su fracaso atiende a múltiples dimensiones. Una de ellas, implica, sin duda, a revisar los alcances y la naturaleza de los vínculos entre las organizaciones revolucionarias de la NI y los movimientos de masas. Otra, revisar, más específicamente, las relaciones entre las organizaciones armadas y los movimientos de masas. ¿Cuándo y por qué comenzó el divorcio que todos parecen situar alrededor de 1974? Extremando, Socialismo y revolución ¿constituían un mismo horizonte de sentidos para las organizaciones revolucionarias y para los movimientos de masas que protagonizaron la protesta y la movilización social de los tempranos setenta? No son pocos los fragmentos de este libro que atienden a este último interrogante.

Vera Carnovale

(CeDInCI/UNSAM - CONICET)